

¿DEMANDA SOCIAL POR EDUCACIÓN? ESTADÍSTICA, SOCIEDAD Y ALFABETIZACIÓN A PARTIR DEL CENSO DE LA REPÚBLICA DE 1854¹

*Social demand for education? Statistics, society and literacy
in the National Census of 1854*

MACARENA PONCE DE LEÓN*

FRANCISCA RENGIFO**

ERNESTO SAN MARTÍN***

Resumen

El presente artículo da cuenta de cuán extendida estaba la alfabetización en Chile a mediados del siglo XIX. A partir de los resultados del primer censo nacional de la República levantado en 1854 y del análisis de sus padrones, es posible reflexionar respecto de cómo el Estado midió las bases sociales de su política educacional. El ejercicio metodológico a partir de dichas estadísticas revela que, desde la perspectiva del Estado, hubo una necesidad política de enseñar a leer y escribir como garantía de una nación civilizada a través de la fundación del sistema de instrucción primaria. Desde la población, cabe preguntarse si esa necesidad tuvo un sustento real en la sociedad. El análisis de los padrones censales revela la inexistencia de una necesidad social por la alfabetización.

Palabras clave: historia; educación; estadística; alfabetización; sociedad

Abstract

This paper deals indicates how widespread was literacy in Chile, in the mid-nineteenth century. Using both the data collected by the first national census of 1854 as well as the census registers of 1854, it is possible to describe the way in which the State measured its educational policy. After analyzing this information, it can be concluded that the concern of the State was to develop a policy of literacy (read and write) through a system of primary instruction; this was the sign of a civilized nation. However, from the perspective of the population, it should be asked whether such a concern was actually shared by the society. The analysis of the census registers leads to conclude the inexistence of a demand for education by the society.

Key words: history; education, statistics, literacy; society

* Doctor en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, *mponcede@gmail.com*

** Doctor en Historia, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, *mfrengif@uc.cl*

*** Doctor en Ciencias, Orientación Estadística. Departamento de Estadística, Pontificia Universidad Católica de Chile & Centro de Medición MIDE UC, *esanmart@mat.puc.cl*

¹ El presente artículo forma parte de una investigación mayor desarrollada en el marco del proyecto PIA-CONICYT Anillo SOC-17 “La educación ante el riesgo de fragmentación social: ciudadanía, equidad e identidad nacional”.

Introducción

El Censo General de la República de 1854 constituyó un hito político y educacional, por ser el primer empadronamiento de alcance nacional que representa la voluntad estatal de dimensionar las bases sociales a partir de las cuales construir el sistema de educación pública. Por ello, fue también la primera vez que para el Estado fue relevante averiguar el grado de instrucción de la población. Como resultado, medir la alfabetización significó contar con una herramienta para definir y evaluar la tarea educacional del Estado. La estadística cumplió el rol por el cual fue usada en Chile: ser una ciencia de Estado y, principalmente, dar a conocer el estado de la sociedad.

La primera necesidad de contar individuos fue política. La constitución de la república requería su número para establecer el sistema representativo. En consecuencia, a la pregunta por cuántos somos, siguió como corolario ineludible la de cómo somos. La población fue contada por sexo, edad, estado civil, ocupación, grado de instrucción. ¿Sabe leer?, ¿sabe escribir? fueron las preguntas hechas para conocer el grado de instrucción de la población. Es decir, *alfabetización* fue definida de acuerdo a la función que debía realizar la escuela. Para el Estado fue pertinente medir la alfabetización por primera vez a mediados del siglo XIX, porque la definición de ciudadano fue un individuo alfabeto. El proyecto político liberal requería de ciudadanos en un sentido tanto genérico –de individuos poseedores de virtudes cívicas– como específico de saber leer y escribir para ejercer los derechos políticos. De ahí la necesidad del Estado de educar a la población a través del diseño de un sistema de instrucción primaria que requirió de la estadística para responder a estas preguntas y para organizar un sistema de instrucción de alcance efectivamente nacional. Desde la perspectiva de la población que recibió la oferta educacional estatal, el análisis de la alfabetización en Chile de mediados de siglo permite estudiar la existencia o no de una demanda social por aprender a leer y escribir.

I. Estado, sistema de instrucción pública y estadísticas

Observar la alfabetización en las décadas en que el Estado chileno definió, por primera vez, una política social de educación a través de la escuela primaria pública permite comprender cuál fue la base real demográfica sobre la cual se fundó el sistema de instrucción.

Dentro del proceso de construcción del Estado nacional a lo largo del siglo XIX, la elite política chilena, tanto liberal como conservadora, estableció una relación directa y secuencial entre la escuela pública y la alfabetización, no sólo ideológica, sino que también empírica. Ideológica, ya que el discurso político fue unánime al expresar que para hacer de la república una realidad efectiva se requería de individuos alfabetos que

podiesen ejercer los derechos de la ciudadanía política. Por ende, a la base del proyecto político republicano yacía el imperativo de educar a la población para integrarla a la soberanía. La instrucción popular fue entendida como la base fundamental del nuevo sistema político y, en consecuencia, la escuela fue concebida como el principal agente de alfabetización. Empírica, ya que alfabetizar se tradujo en la necesidad social del Estado de crear escuelas y, por lo tanto, la organización y expansión del sistema de instrucción primaria implicó poder dimensionar dicha necesidad, establecer una oferta estatal de escuelas y, posteriormente, poder evaluarla a partir de sus resultados. Y la herramienta para hacerlo fue la estadística.

La estadística, entendida como la colección sistemática de datos y el análisis cuantitativo de la información sobre la población, se constituyó a partir de entonces en ciencia del Estado. Esta forma de conocimiento acompañó al proyecto político en función de poder precisar el territorio y sus habitantes y, posteriormente, como base para dimensionar una demanda social de educación concebida todavía como una necesidad del Estado. La política utilizó la estadística para responder a los problemas nacionales, constituyendo su primera respuesta el conocer empíricamente el territorio y contar a la población. El solo hecho de contarla a partir de determinadas categorías llevaba implícitas las tareas por resolver de un Estado que iniciaba su proceso de estructuración. La primera necesidad de contar fue política para poder asignar el número de representantes en proporción a los habitantes de cada provincia e identificar qué porcentaje de la población chilena era alfabetizada y, por tanto, calificada para ejercer los derechos políticos.

La estadística serial de la alfabetización siguió el mismo itinerario de la construcción del Estado liberal. En la década de 1830, los nuevos gobiernos lideraron un proceso de consolidación institucional que vino aparejado de la necesidad de contar a la población como una manera de conocer empíricamente el territorio y de educarlo como una forma de integrarlo a la sociedad. Los primeros ensayos de contar a la población en 1835 y 1843, con el propósito de definir el cuerpo representativo de la naciente república, fueron una prueba de ello, así como la creación de la Oficina Central de Estadística en 1843. Como resultado, el censo de 1854 fue el primer esfuerzo institucional por sistematizar los datos de población y, desde entonces, se dispuso de un sistema nacional de recolección y elaboración de datos a partir del empadronamiento completo y detallado de los habitantes del país. La población cobró una nueva existencia en la medida en que fue contada y clasificada por sexo, edad, estado civil, profesión, grado de instrucción, nacionalidad e imposibilidad física o moral por distritos, subdelegaciones, departamentos y provincias. Explícitamente, las instrucciones de los censos insistieron en que la pregunta por el grado de instrucción no era equivalente a poder firmar, ya que por individuo alfabeto se entendía que eran los que sabían leer y escribir regularmente. Y estas habilidades se aprendían en la escuela. De manera que contar alfabetos respondió a conocer el grado de instrucción de la población y la estadística oficial estimó que

las cifras de los que sabían leer y escribir daban cuenta del adelanto intelectual de las provincias. La secuencia escuela y alfabetos establecida por las autoridades políticas parecía estar avalada por los datos estadísticos.

II. La alfabetización en cifras

De acuerdo con la historiografía política latinoamericana que postula que la república precedió a la nación, los datos estadísticos también revelan que las bases ideológicas precedieron a las sociológicas (Annino y Guerra, 2003). La equidad política se fundaba en la extensión y participación de la cultura escrita que, estadísticamente, aparecía tan esquivada para la gran mayoría de la población.

La reconstrucción estadística del proceso de alfabetización a partir de los resultados de 1854 publicados por la Oficina de Estadística da cuenta de que Chile era una sociedad eminentemente analfabeta; permite reconocer su distribución demográfica y geográfica a nivel nacional y evidencia una característica central en la forma que tuvo esa distribución en el siglo XIX: su dependencia de las formas de asentamiento de la población. De acuerdo con los datos del censo de 1854, la población total del país ascendía a 1.439.120 habitantes, 712.932 hombres y 726.188 mujeres. De ellos, 103.731 hombres y 66.285 mujeres declararon saber leer; 70.036 hombres y 41.591 mujeres saber escribir. Es decir, en términos porcentuales, leían en Chile 12,8% de la población total mayor de cinco años, un 15,2% entre los hombres y un 10,4% entre las mujeres. Escribían un 13,5% de los hombres y un 7,8% de las mujeres. Durante la segunda mitad del siglo las mujeres siempre estuvieron menos alfabetizadas que los hombres, pero la habilidad fue extendida con un ritmo de mayor intensidad que entre el mundo masculino hacia fines de la centuria. Las razones fueron múltiples, pero ciertamente tuvo un impacto decisivo la rápida escolarización femenina así como su progresiva urbanización. Asimismo, la alfabetización se distribuía en forma geográficamente dispar, lo que revela una estrecha relación con el tipo de patrón de asentamiento de la población urbano o rural. Las provincias más urbanizadas del país presentaron tasas de alfabetización mayores que aquellas preponderantemente rurales como las del Valle Central. Los mayores contrastes se dieron entre las provincias de Valparaíso y Santiago respecto de las de Colchagua y Talca. Las dos primeras registraron los niveles más altos, incluso superando el promedio nacional, con una población alfabetizada de un 23,1% y un 18,2%, respectivamente. Al otro extremo, Colchagua y Talca, con un 11,5% y 11,8%, fueron las zonas de mayor analfabetismo. A su vez, el norte minero y el extremo sur del país presentaron tasas muy por encima de las provincias agrícolas del Valle Central. El norte fue mayoritariamente urbano con un alto número de centros aglomerados pequeños debido a su estructura productiva. En el sur, las tasas de alfabetización de las provincias de Llanquihue, Valdivia y Chiloé fueron altas revelando el impacto de la inmigración

extranjera y la acción misional, pero registrarían posteriormente los menores índices de incremento de alfabetización. La zona de La Araucanía por su carácter de frontera impidió el registro de su población. Eran territorios recién cartografiados, se sabía poco de ellos y de sus habitantes. No obstante, la provincia de Arauco, tempranamente incorporada a la administración nacional, presentó bajas tasas de alfabetización pero un ritmo de crecimiento sostenido de éstas. Las diferencias registradas por el censo evidencian que la alfabetización no fue un proceso homogéneo demográficamente, que la distribución de la habilidad tuvo grandes diferencias a nivel regional, y que ella estaba más desarrollada entre la población urbanizada que entre la que vivía dispersa por los campos. En el año 54 dicha realidad aún era escasamente percibida, porque el país era un territorio en su mayor parte desconocido, exceptuando unos trabajos cartográficos y planos de sus principales ciudades, y recién comenzaba la estadística. La importancia de los resultados del censo es que anuncian las tendencias generales que tuvo el proceso de alfabetización durante el resto del siglo, cuya expansión atenuó las diferencias que separaban el mundo urbano del rural.

III. Los padrones censales: una radiografía social de la alfabetización

El giro dado por la historiografía social de la alfabetización en Inglaterra en la década de 1960 en torno al grupo de Cambridge renovó el estudio de la alfabetización a partir de la información de los censos. En ellos se registró la capacidad de lectura que los propios encuestados hacían de su destreza lectora al ser cuestionados por los empadronadores. La reconstrucción del proceso sólo puede hacerse con estas cifras que, a pesar de no probar directamente la efectiva alfabetización de los individuos, son las únicas series universales y estándares (Schofield, 2003). A diferencia de las fuentes que dan cuenta de la capacidad de firmar de los individuos, utilizadas en el caso del mundo europeo y escasamente en Chile para períodos anteriores carentes de una estadística oficial.

El censo de 1854, así como los siguientes, fue levantado a partir de padrones en donde se anotó a cada individuo por casillero agrupado por hogar, definido en el período como el conjunto de personas que dormía juntos y que aportaba con su trabajo a la economía del grupo. Había relaciones de sangre entre ellos, pero los padres y los hijos estaban acompañados por un conjunto heterogéneo de individuos relacionados de distintas manera. Además de otros parientes, podía haber sirvientes, vecinos o simplemente allegados. Todos ellos vivían bajo un mismo techo y así fue registrada la población. Cada hogar era caracterizado por el local donde residía, casa, cuarto o rancho, y sus integrantes contados a partir de sus características demográficas. Aunque fragmentaria, los padrones censales constituyen una fuente invaluable, porque a pesar de su incapacidad de arrojar tendencias generales, son los únicos registros que posibilitan una aproximación directa a la población así como establecer nuevas relaciones

analíticas entre individuo, hogar, trabajo y alfabetización. Como se ha dicho, los datos del censo constataron que las zonas más urbanas eran más alfabetas que las rurales, pero no dijeron nada de por qué aquello sucedía ni tampoco cómo eran ambas sociedades. Cómo vivía su población, quiénes eran sus habitantes, a qué se dedicaban, cuáles eran sus vínculos. Todas, preguntas esenciales si se quiere historizar a partir de un sustento empírico la realidad efectiva de la alfabetización en el período. Eso es precisamente lo que permite el hallazgo de los padrones censales. El ejercicio metodológico de utilizarlos no sólo como una fuente cuantitativa sino también cualitativa, es en sí mismo una hipótesis historiográfica. Hasta ahora la historia de la alfabetización ha reproducido las cifras tal como fueron elaboradas por el Estado y ha reconstruido el proceso a gran escala sin lograr llegar a los individuos que están detrás de esas cifras. No se había podido porque no se había dado con la fuente. La importancia de los padrones es que constituyen la única documentación que lo permite porque en ellos están las personas. Su análisis hace posible elaborar nuevas preguntas desde la historiografía, distintas a las que se hicieron en el período, haciendo posible aproximarse a la realidad social de la población de mediados de siglo y reconocer los enormes contrastes que existían a una escala local entre quienes sabían leer y los que no.

El conjunto de padrones sobrevivientes a un destino permanente de destrucción, representa a dos provincias: Coquimbo, ubicada en el norte, y Concepción en el sur del país. El total de registros que nos ha llegado en estos padrones es de 51.033 individuos, un volumen considerable si se tienen en cuenta algunos análisis historiográficos que han sacado conclusiones generales con menos casos. Los censos de población poseen mayor cobertura social y territorial por sobre otros documentos como testamentos y actas de matrimonio que han registrado la capacidad de firmar de los individuos, por lo que se utilizan para estudiar el proceso de alfabetización en épocas preestadísticas. Sin embargo, los padrones manuscritos de los censos han sido escasamente conservados y menos aún analizados para estudiar el proceso de alfabetización. A excepción del exhaustivo trabajo realizado por Graff sobre los padrones del censo de 1861 de Canadá (1991). En Chile, el trabajo pionero de Goicovic utilizó los padrones correspondientes al poblado nortino de Mincha para estudiar la composición del hogar (2006). De nuestra muestra, 50.813 individuos respondieron a la pregunta sobre su nivel de alfabetización, 25.037 hombres y 25.559 mujeres: 7.734 sabían leer, 4.370 hombres y 3.329 mujeres; 43.079 no sabían leer, 20.667 hombres eran analfabetos y 22.230 mujeres; 220 personas no contestaron. De este universo se desconoce el sexo de 207 personas. De ellas 182 eran analfabetas y 35 alfabetas. Esta descripción es importante, ya que los análisis estadísticos sobre la distribución de los niveles de alfabetización se calcularon sobre el número de registros de las personas que respondieron afirmativa o negativamente si sabían leer. No se consideraron los registros que no contenían esta información.

La proporción de alfabetismo en la muestra proporcionada por los padrones censales es de un 15,2%; el 17,5% corresponde a hombres que saben leer, mientras que el 13% de las mujeres saben leer. Esta cifra global de alfabetización es poco más de dos puntos porcentuales mayor que el porcentaje de alfabetos que nos ha llegado por el censo de 1854 –a saber, el 12,8%. Con respecto a la edad de la población empadronada, la distribución de los individuos por cohortes de edad se comporta en forma similar en los departamentos analizados. Se trata de una población relativamente joven en que la gran mayoría de los individuos era menor de 40 años, concentrándose en la cohorte de 0 y 20 años. No había diferencias sustantivas entre hombres y mujeres. A lo largo de dicha pirámide, la población alfabetizada fue principalmente adulta, en cambio, los individuos analfabetos estuvieron distribuidos en todos los segmentos de edad. Los hombres que sabían leer se concentraron entre los 20 y los 40 años, mientras que los que no lo sabían lo hicieron entre los 0 y los 40. Las mujeres que sabían leer eran más jóvenes, ellas se concentran entre los 20 y los 25 años y la población analfabeta femenina sigue el mismo patrón de edades que la masculina. Entre la población adulta masculina, los alfabetos se reparten mejor a diferencia de las mujeres que están concentradas entre los 20 y 25 años. En el patrón de analfabetismo no hay una diferencia por sexo, sean hombres o mujeres estos individuos que no saben leer se distribuyen en forma similar en términos de edad. Si este mismo análisis se realiza por departamentos, no se alteran estas tendencias generales. Se reproduce el mismo patrón nacional en las distintas zonas geográficas.

Hacia mediados de siglo, Chile era un país eminentemente rural. El censo de 1854 mostró que prácticamente el 80% de la población habitaba en forma dispersa por los campos. Esta realidad aplastante quedó contenida en los padrones disponibles, de los cuales fue posible identificar 37 distritos de aglomeración urbana y 107 cuyos habitantes vivían diseminados. La movilidad y diseminación de la población constatada formalmente por primera vez por el censo demostró la relevancia fundamental que tenía para el Estado identificar a la población urbana y rural separadamente. Este dato era desconocido hasta entonces y “...reclamado por muchas de nuestras necesidades sociales”, observaba la introducción a la publicación del censo hecha por la Oficina de Estadística, ya que “la diversidad de vida, de costumbres y de trabajos que caracteriza a los habitantes de las poblaciones y a la de los campos, es por sí sola un dato estadístico que debe tomarse en cuenta en toda reforma administrativa”². La experiencia del censo demostró la inexistencia de una separación empírica entre ambas realidades. El campo se internaba en los pueblos y los pueblos en el campo, haciendo muy difícil contar quiénes eran los que efectivamente habitaban aglomerados. En consecuencia, la categoría urbana fue un concepto discrecional, que entendió como población urbana a aquella que habitaba en centros definidos por ser sede de la administración pública,

² Introducción al Censo de 1854, p. 6.

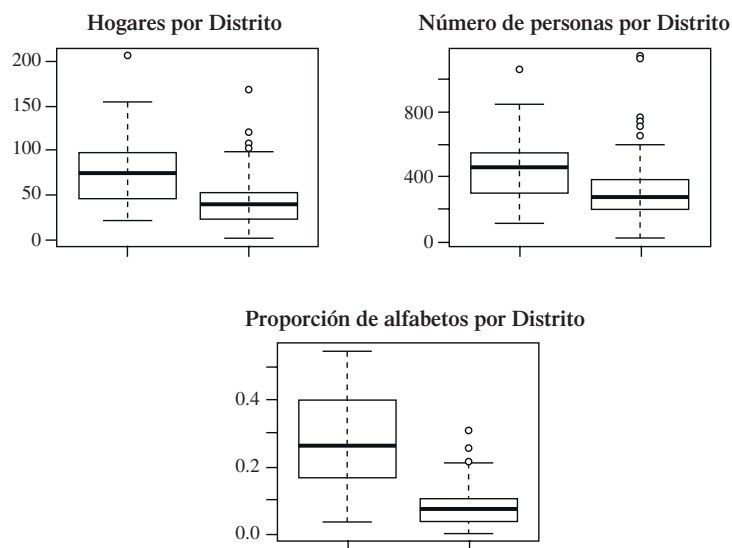
contar con policía y poseer un cierto orden de calles, más que por su número de habitantes o su extensión espacial. La población rural, en tanto, eran las demás agrupaciones de vecinos, los caseríos, los lugares de campo, y las habitaciones dispersas en fundos, chacras, quintas, establecimientos de minas y “lugarejos sin orden de calle”. Al examinar los datos de los padrones, se puede concluir que hay diferencias entre los distritos aglomerados y los diseminados con respecto al número de hogares y el volumen de población, pero sin duda el mayor abismo entre ambos tipos de sociedad se producía en su nivel de alfabetización. En efecto, en promedio, dentro de los distritos aglomerados, hubo 77,9 hogares, mientras que en el campo hubo 43,6. Dentro de los distritos aglomerados las diferencias iban desde 22 hogares, en un extremo, hasta 207 en el otro. Y en el campo, las diferencias iban desde un solo hogar a 169 hogares. Los distritos aglomerados contienen en promedio 447 personas y los rurales 322. La mayoría de los distritos contenían entre 250 y 650 individuos, pero existió un caso con 116 y otro con 1.069 personas. En el campo la mayoría tenía 120 y 525 personas, y sus extremos estuvieron entre 24 y 1.152 personas. Los contrastes que acabamos de describir pueden verse gráficamente en los dos primeros paneles de la Figura 1; en ellos, se observa una caja o cajón. Este diagrama se construye con los siguientes cinco números: el mínimo, el primer cuartil, la mediana, el tercer cuartil y el máximo. El primer cuartil corresponde a la observación o dato tal que el 25% de las observaciones está por debajo de él; la mediana corresponde a la observación o dato tal que el 50% de las observaciones está por debajo de ella; y el tercer cuartil corresponde a la observación o dato tal que el 75% de las observaciones está por debajo de él. En la representación gráfica del box-plot o cajón, la mediana corresponde a la línea central; la línea inferior del cajón corresponde al primer cuartil; la línea superior del cajón corresponde al tercer cuartil; las dos líneas horizontales corresponden al máximo y al mínimo; finalmente, los puntos corresponden a potenciales datos atípicos.

Para apreciar las diferencias entre los distritos aglomerados y diseminados con respecto al nivel de alfabetización, calculamos éste como la razón entre el total de alfabetos por distrito y el total de alfabetos y analfabetos. Si p denota dicha proporción, la razón entre el número de analfabetos y el número de alfabetos es igual a $(1-p)/p$. Así, por ejemplo, si un distrito tiene una proporción $p=0.5$, entonces el número de analfabetos es igual al número de alfabetos; si, por ejemplo, $p=0.3$, entonces por 23 analfabetos hay un alfabeto. Si consideramos los datos proporcionados por el censo de 1854, y asumimos que la diferencia entre el total de la población y el total de los que saben leer corresponde al total de los que no saben leer (es decir, asumimos que en el censo se recabó información de alfabetización de *todos* los habitantes, lo que ciertamente no es el caso como los mismos padrones lo manifiestan), entonces esta proporción sería igual a 68, es decir, por 68 analfabetos, hay un alfabeto. Al calcular esta proporción para cada uno de los distritos incluidos en los padrones censales de 1854, la diferencia que se observa entre los distritos aglomerados y los diseminados es más fuerte que las

anteriores (en términos de número de hogares o de habitantes). Más aún, en el tercer panel de la Figura 1, se aprecia que los distritos más alfabetizados del campo estaban muy por debajo de los distritos analfabetos de los núcleos urbanos.

Se puede, por tanto, concluir que, a diferencia del tamaño de los hogares y la densidad de los distritos, la distribución de la alfabetización era la característica más polarizada entre las zonas urbanas y rurales. Es más, al observar el box-plot del tercer panel de la Figura 1, se puede afirmar que el analfabetismo fue un fenómeno homogéneo a diferencia de los distritos urbanos que fueron más alfabetos pero más dispares entre sí. Existían distritos aglomerados con una gran cantidad de personas analfabetas, acercándose a los índices de los distritos diseminados. En los distritos diseminados, la proporción de personas que leen con respecto a los individuos que se tiene información de su grado de instrucción es en promedio 0,3 mucho más baja que en los distritos urbanos.

Figura 1



La provincia de Coquimbo ejemplifica los fuertes contrastes que presenta la distribución de la alfabetización entre los habitantes que no residían en centros urbanos sino dispersos por el territorio. El departamento de La Serena contenía a la capital de la provincia, pero también subdelegaciones rurales con zonas mineras de pequeños enclaves dedicados a las faenas extractivas que, sin formar un poblado, reunían población por períodos de tiempo relativos. A veces eran extensos y esa población se transformaba en una aldea permanente, pero en ocasiones no eran más que agrupaciones temporales de personas. Fue en este mundo minero, heterogéneo en sus formas de habitación, donde

se presentan las mayores diferencias en el nivel de alfabetización de sus habitantes dentro del universo que hemos denominado de los “diseminados”. La población más alfabetada de la muestra se ubicó en el distrito 5° de la subdelegación de la Compañía, N° 16, perteneciente a la parroquia de Cutún. Correspondía a la mina de Billador donde fueron censadas 120 personas de las cuales el 30,8% leía. Un índice significativo si se le compara con el 15,2% de alfabetos a nivel nacional tal y como está reportado por el censo de 1854 (en términos de la proporción de alfabetos, para este distrito dicha proporción es igual a 0,31, mientras que la que hemos calculado a partir de los datos del censo es igual a 0,68). Al otro extremo, muy cerca, dentro de la misma parroquia en la subdelegación de La Higuera, N° 17, se ubicaba el distrito 7° correspondiente al establecimiento de fundición de cobre denominado El Toro. Era una circunscripción muy pequeña, con tan sólo 24 habitantes, todos residentes en un mismo hogar donde sorprendentemente ninguno declaró saber leer. Al igual que el resto de las zonas mineras del Norte Chico, ambos distritos eran sociedades de hombres más que de mujeres y niños. En el caso de la mina, el 74,1% de sus habitantes eran hombres, la gran mayoría jóvenes solteros en edad laboralmente activa. De las 37 personas que leían en la mina, 33 eran hombres, la mayoría entre 20 y 24 años. Había niños, pero pocos, 14 menores de cinco años, 4 entre los cinco y los nueve, todavía no trabajaban en la mina y todos eran analfabetos. Las mujeres también lo eran. Sólo cuatro de las 31 sabían leer, 3 de ellas también escribir. Eran más jóvenes que los hombres alfabetos, su edad fluctuó entre 16 y 23 años, dos eran solteras y, a diferencia del resto de la población femenina, residían en la casa del administrador de la mina. Era su mujer y sus dos hermanas. “La cuarta vivía en un cuarto junto a un barretero y un apir que, a diferencia del resto de los apires del distrito, sí sabía leer. Las otras dos personas del hogar eran adultas y analfabetas. En la fundición de cobre las cosas eran distintas. Como se ha mencionado, residían conjuntamente 24 personas, 13 hombres y 11 mujeres, la mitad eran niños, 8 menores de cuatro años y 3 menores de 9, tampoco tenían una ocupación. En el resto de los habitantes no existía una estructura etaria predominante.

La diferencia entre ambas situaciones no sólo tuvo relación con una evidente disparidad demográfica, sino también con una mayor complejidad en la estructura social y ocupacional en el caso de la mina, además de su evidente conectividad con el resto de la provincia. La mina contaba con una administración permanente que obligaba la residencia de un administrador, don Bernardo Torres, y su familia en una de las pocas casas del sector, probablemente la mejor equipada debido a la presencia de sirvientes, cocineros, lavanderas. En ella habitaban 14 personas y, con la excepción de tres, el criado y dos cocineros, todas eran alfabetas. La casa también era la residencia de cuatro mayordomos encargados de supervisar las labores extractivas y del dependiente de la mina, probablemente a cargo del bodegón donde se comercializaban productos de consumo diario. El hecho evidencia la presencia en la minería de una capa social intermedia,

letrada, dedicada a la administración de los enclaves que claramente se diferencia de un mundo popular analfabeto de apires, cargadores, peones, sirvientes; de costureras y lavanderas entre las mujeres. En el caso de la fundición, se trató de una muestra más homogénea y una trama social horizontal de ocupaciones no especializadas, estacionales, en un mundo mixto, minero y rural. Sus habitantes eran arrieros, criadores de cabras, jornaleros, leñadores, mineros, cocineros y costureras.

La segunda gran diferencia entre ambos distritos estuvo dada por la presencia de extranjeros en la mina de Billador. Se trató de trece ingleses, doce de los cuales eran barreteros y un mayordomo que residía junto al administrador. Era un grupo visiblemente diferente al resto de la mina. Vivían en casas, a diferencia de los ranchos y cuartos que caracterizaban las habitaciones del sector, y lo hacían sin mezclarse con los chilenos. Todos eran alfabetos.

En los centros poblados la realidad fue distinta. En ellos se concentró el mayor número de individuos alfabetos, si bien entre ellos hubo contrastes abismantes. Dentro de las zonas urbanas de la provincia de Coquimbo, el distrito 5 de la subdelegación 7ª del departamento de Illapel presentó un escasísimo índice de alfabetos en contraste con el distrito 1 de la subdelegación 1ª del departamento de La Serena. En la provincia de Concepción, el distrito 2 de la subdelegación 1ª del departamento de Talcahuano acompañaba al primero. Este último distrito contaba con un gran número de población que ascendía a 1.069 personas que ocupaban 207 habitaciones. Las viviendas se repartían entre la hacienda de Tumbes, propiedad de Ricardo Lindsay, y un par de caletas alledañas a un poblado de cuatro calles cercano al mar. Sólo 103 personas sabían leer, de los cuales 60 eran hombres. La mitad de éstos provenía de distintas provincias del país, entre ellas Santiago y Valparaíso, y del extranjero: cuatro franceses y cuatro ingleses, además de un alemán, un irlandés, un portugués, un sueco, un argentino y un peruano. Su presencia y la actividad marítima desarrollada apuntan a considerar que se trataba de un foco comercial. Entre ellos había comerciantes, fleteros, un constructor de buques, un administrador de aduanas, un médico, un boticario, pero también mariscadores, sirvientes, gañanes y labradores. De las 43 mujeres que sabían leer, prácticamente todas residían en las pocas calles del distrito, unas pocas eran extranjeras y entre las que tenían ocupación se dedicaban a servicios domésticos como sirvientes o costureras. El hecho de vivir dentro del poblado fue el común denominador entre los alfabetos, tanto en el caso de las mujeres como en el de los hombres. En contraste, entre los habitantes de la hacienda sólo un individuo declaró saber leer; era un gañán casado de 27 años mientras que el mayordomo de la misma era analfabeto. En la caleta Alamos nadie sabía leer y en la de Tumbes sólo un ballenero. De modo que la distribución de los alfabetos dentro de este distrito coincide con su particular fisionomía urbana y rural. En las áreas de las caletas y hacienda, prácticamente nadie sabía leer mientras que en el núcleo poblado —aunque sólo fuese armado por cuatro calles— se concentraban todos los alfabetos.

Al observar lo que sucedía en un distrito nortino se confirma la relevancia del factor rural. En el departamento de Illapel de la parroquia del Choapa por el valle que lleva el mismo nombre, la subdelegación 7^a correspondía a Salamanca, pueblo enclavado en una zona tradicionalmente minera. Su quinto distrito era una hijuela propiedad de una obra pía que contaba con un total de 360 personas que habitaban 43 viviendas en su mayoría ranchos con techo de paja que se distribuían a lo largo de una calle de las afueras del pueblo. Si bien, bajo el concepto de la época puede considerarse como un distrito aglomerado por congregarse un número de viviendas en torno a una calle, no es un centro propiamente urbano. Ubicado a las afueras del pueblo y siendo una hijuela destinada a la agricultura, su carácter es asimilable al campo. Entre sus habitantes, sólo uno de cada treinta individuos sabía leer. Dentro de los 198 hombres se contaron once que sabían leer y dentro de las 162 mujeres, ninguna. Los hombres alfabetos fueron todos mayores de 20 años y dedicados al trabajo agrícola. Eran agricultores, arrieros y tres jornaleros que provenían de la provincia de Aconcagua. En contraste, el distrito 1 de la primera subdelegación del departamento de La Serena correspondía al centro de la ciudad del mismo nombre; éste tiene la mayor proporción de alfabetos (según la definición que estamos usando), a saber 0.55. Era pues la capital de la provincia y una de las ciudades más antiguas del país. Los 652 habitantes del distrito se distribuían entre las 88 viviendas de calle de la Catedral y las otras aledañas. Es el único distrito del total de los padrones del censo en que la población alfabetizada, 357 personas, supera a la analfabeta, 294, lo que revela la relevancia de ser sede de la administración del gobierno y contar con municipio como instituciones que difunden la importancia de la cultura escrita y el desarrollo de la educación primaria. A mediados de siglo, intendentes, gobernadores y subdelegados negociaban con el gobierno central la apertura de las escuelas en sus circunscripciones, muchas veces requeridas por los mismos vecinos. El gobierno las dotaba de preceptor siempre y cuando la comunidad financiase el local y la equipase. En este período, La Serena al igual que el resto de las ciudades cabeceras de provincia concentraban el 22% de las escuelas abiertas, constituyendo el centro institucional de la política educacional del Estado. Por ello las grandes ciudades también contaban con los pocos establecimientos de educación secundaria existentes en el país. Dentro de los límites del distrito había tres, entre los cuales se encontraba el seminario conciliar que en sus aulas educaba a 21 alumnos. En los otros dos recibían instrucción 17 estudiantes más. En sus calles se encontraba el convento de Santo Domingo que reunía a siete individuos. El sacristán y un estudiante de Teología sabían leer, además de un sirviente proveniente de Santiago. Los demás eran el carpintero, el limosnero y los peones del convento. Junto a clérigos, profesores y alumnos, muchos sujetos eran agricultores, comerciantes y mineros. También entre sus cuadradas se ubicaba la cárcel de la ciudad. En cuanto centro urbano, contaba con dentista, abogado, procurador, escribano, un impresor e incluso el vicecónsul de Gran Bretaña junto a su familia. Todos

ellos sabían leer porque lo requería su profesión, pero también un número significativo de sirvientes y costureras declararon saber hacerlo. Este hecho da cuenta de que la estrecha cercanía entre los miembros de un hogar que leían y los que no contribuyó a difundir dicha habilidad, así como también el trabajo en otras actividades laborales propiamente urbanas como la sastrería, joyería, platería. Estas últimas ocupaciones fueron conformando un sector medio urbano que en la medida en que pudo identificarse como grupo social buscó distinguirse de los sectores populares sabiendo leer, entre otras cosas. Un número significativo de mujeres sabía leer: 166 en relación a 191 hombres. Algunas de ellas eran alumnas del colegio de niñas de la ciudad, también la matrona y una que trabajaba como joyera, pero la gran mayoría no declaró ninguna ocupación. Se trataba de las esposas e hijas de “familia” como se llamaba en la época a las mujeres de los sectores más acomodados, pero también estaban las tres hijas del bodegonero del barrio que se ocupaba en la venta de alimentos para los hogares del sector. Es plausible pensar que hubo un patrón social de la alfabetización pero que en la ciudad se diluyó como resultado de la cercanía entre los distintos sectores sociales y por la presencia de la institucionalidad de gobierno tanto central como local.

Conclusiones preliminares

Los padrones censales distribuidos por hogares en 1854 averiguaron la alfabetización de cada individuo, por lo que forman la primera información directa y sistemática del nivel educacional de la población de mediados de siglo. Por ende, los padrones constituyen un piso demográfico para estimar los índices de alfabetización y, segundo, para estudiar las variaciones en la distribución social y geográfica de la alfabetización. El ejercicio de caracterizar sociológicamente los distritos territoriales del territorio nacional reitera que la alfabetización era una habilidad escasa en la sociedad chilena de mediados de siglo, poco necesaria, poco demandada, demostrando empíricamente cuán determinante fue el contexto local en la distribución de la habilidad de lectura. La historia de la alfabetización es una historia local. Puede concluirse que hubo una necesidad estatal pero no social de la alfabetización. A lo que análisis posteriores permitirían agregar que a través de los padrones es posible dar cuenta de que la alfabetización no tuvo una relación con el trabajo, no era un valor social, ni económico, todavía.

Fuentes

Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Concepción.

Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Coquimbo.

Archivo Nacional, Fondo Ministerio del Interior.

Bibliografía

- Aninno, A. y Guerra, F.** (Coord.) (2003). *Inventando la nación. Iberoamérica, siglo XIX*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Carpentier, V.** (2008). Sources and Interpretations. Quantitative sources for the history of education, en *History of Education*, vol. 37, Nº 5, September, pp. 701-720.
- Furet, F. y Ozouf, J.** (1982). *Reading and Writing. Literacy in France from Calvin to Jules Ferry*, Cambridge, Cambridge University Press, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- Goicovic, I.** (2006). *Relaciones de solidaridad y estrategia de reproducción social en la familia popular del Chile tradicional (1750-1860)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Graff, H. J.** (1991). *The Literacy Myth. Cultural Integration and Social Structure in the Nineteenth Century*, New Brunswick, N.J., Transaction.
- Houston, R.A.** (1995). *Literacy in Early Modern Europe. Culture and Education 1500-1800*, London y New York, Longman (4ª Edición).
- Mamalakis, M.** (comp.) (1978). *Historical Statistics of Chile*, Westport, Conn., Greenwood Press.
- Mayer, L.** (1999). *Entre el infierno de una realidad y el cielo de un imaginario. Estadística y comunidad científica en el México de la primera mitad del siglo XIX*, México D.F., El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- McCaa, R.** (1978). Chilean social and demographic history: sources, issues, and methods, *Latin American Research Review*, vol. XIII, 13:2, pp. 104-126.
- Miño, M. y Vera, M.** (1998). *Estadísticas para la historia de la población del Estado de México, 1826-1910*, México D.F., Zinacantepec, México: El Colegio Mexiquense: Consejo Estatal de Población.
- Otero, H.** (2006). *Estadística y Nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Schofield, R. S.** (2003). Los niveles de alfabetización en la Inglaterra preindustrial, en Goody, Jack (comp.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Editorial Gedisa, pp. 341-370.
- Stone, L.** (1978). Literacy and Education in England, 1640-1900, *Past and Present*, Nº 42, pp. 69-139.
- Viñao, A.** (1992). Alfabetización, lectura y escritura en el Antiguo Régimen (siglos XVI-XVIII), en Escolano, A. (dir.), *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Ediciones Pirámide.
- Weber, E.** (2007). *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press.